

No son psicópatas pero lo parecen¹

Hugo Marietan²

Alcmeon, Revista Argentina de Clínica Neuropsiquiátrica, vol. 17, Nº 1, junio de 2011, págs.74 a 93.

A menudo las mujeres consultan por estar en pareja con varones que les resultan ríspidos en su accionar y suelen confundir con psicópatas. Para hacer una adecuada distinción damos las características de algunas de estas personas y su diferencia con el psicópata.

Mujerriegos

Existen distintos tipos de mujerriegos. El *fogoso*, empujado por sus hormonas, está constantemente buscando una mujer, sin discriminar mucho, con la cual saciar su imperioso apetito. Lo caracterizan la frecuencia de relaciones sexuales y la avidez por el acto sexual en sí, en detrimento del cortejo previo a la relación. Son machos que agotan a sus parejas y suelen ser necesariamente infieles, dado que una mujer no suele bastar para calmar su voracidad sexual. Por otra parte, la mujer común se siente sexualmente inquieta ante la presencia de estos hombres, independiente-

mente de su aspecto, posiblemente por el hecho de que captan esta avidez sexual. Sin duda son la pareja ideal para una mujer fogosa, pero una fatiga para la mujer normal y un calvario para la mujer fría. Su prolífico accionar sexual sólo se atenúa cuando es muy añoso. Hay casos de hombres de más de ochenta años que mantienen su vigor, por lo tanto la mujer que espere que estos hombres sean fieles deben perder toda esperanza. No hay aquí una intención de dañar o de ofender a su pareja, sino que esto es pura necesidad biológica, que incluso, a veces, llega a molestar moralmente al fogoso, pero, desde luego, no es algo que pueda dominar. Ninguna mujer comprende esto, así que la mujer satisfecha y gozosa es igualmente quejosa por las reiteradas andanzas extramaritales. Cuando conforman pareja con una mujer fogosa suelen llevarse de maravillas en lo sexual, pero suelen ser batalladores en la convivencia. Son esas parejas de las que los amigos no entienden porqué siguen juntos, ya que discuten continuamente, y a veces suelen ser altamente agresivos entre ellos, pero lo que los amigos no saben es que estas batallas verticales se solucionan en la horizontalidad.

¹ Este es un capítulo del libro: *Mujeres ancladas en psicópatas*, Marietan, Ananké, Buenos Aires 2011 ISBN 978-987-1510-1

² marietanweb@gmail.com

Estos hombres suelen tener un magnetismo especial e impulsan a las mujeres a tomar la iniciativa del requerimiento sexual. La hija de uno de ellos me decía: "mi padre tenía un puesto de diarios y yo lo ayudaba algunos días, y era increíble como las mujeres directamente le venían a proponer, sin que él hiciese nada, un encuentro o una cita. Yo, como vivía en el barrio, las conocía; había casadas, solteras, viudas, delgadas y gruesas, y mi padre era de pocas palabras, de un trato seco, diría; sin embargo, ellas venían una y otra vez detrás de su objetivo". Era un seductor pasivo, ya que él no hacía nada para conquistar a las mujeres.

El infiel es mentiroso por necesidad.

El **seductor empedernido** se caracteriza por disfrutar de los pasos previos a la relación sexual. Es un experto en cortejo. Ha adquirido la técnica del acercamiento hacia la mujer y el rito necesario para entrar suavemente en su interior. La mujer se da cuenta de que está en presencia de uno de ellos por las galanteorías y la falta de apresuramiento en conseguir el objetivo principal. Son muy cuidadosos con su presencia, en los detalles de su vestimenta y en la medida de sus gestos. Son delicados, sutiles, pero no dejan lugar a dudas de sus intenciones; la técnica es acercarse sin asustar. En realidad el seductor necesita tiempo para conocer con qué tipo de mujer está para encontrar los puntos vulnerables y las claves que le permitan artísticamente poseerla. Otro factor ponderable es la extraordinaria capacidad que tienen de comunicarse verbalmente y encantar con la palabra. Saben a quién, cómo, cuándo, dónde y de qué hablar. He conocido hombres que eran tan hábiles con su labia que eran capaces de conquistar, o al menos iniciar los pasos previos de una conquista sólo hablándoles mientras ellas caminaban por la calle, al parecer, indiferentes; y

algunas mujeres me han confesado que no se pueden resistir a un hombre que las piropee y las sepa halagar con palabras.

Hay una variedad dentro de estos seductores que se enamoran más de su técnica que de la dama, y cuando consiguen "el sí de las niñas" siempre tienen una excusa para no concretar la relación sexual. Este rasgo los emparenta con la histeria femenina, donde la apariencia genera situaciones eróticas que nunca llegan a concretarse.

El **hombre de las dos casas**. Este personaje no se contenta con formar una familia y tener una amante, sino que amplía sus aspiraciones hasta formar una familia paralela. Estas relaciones pueden mantenerse por muchos años con un acuerdo tácito de las mujeres involucradas. Bien sabemos que se puede engañar a una mujer por poco tiempo, pero jamás por años. Por lo general suelen ser personas no agresivas y buenos proveedores con sus dos familias, pero no se pueden desprender de ninguna de las dos.

El **picoteador**. Este tipo de infiel gusta de las aventuras esporádicas y con diversas mujeres. Es un amante exprés. Cuando no puede ejercer esta actividad con mujeres comunes, las realiza con prostitutas. Salvan su responsabilidad diciendo "que ellos tienen un amor y que las relaciones sexuales esporádicas no afectan en nada su relación familiar, ya que no significan nada para ellos".

El **doble enamorado** es aquel que aparte de su pareja tiene una amante estable, y la amante es consciente de la presencia de la otra pareja, pero la situación de su marido le es desconocida a la mujer oficial. Por lo general la amante tiene características que suplen algunas de las falencias de la mujer oficial, según el gusto del doble enamorado. Es aquel que tiene escapadas de fin de semana con su amante argumentando salidas de tra-

bajo o congresos, etcétera. Esta situación es duradera porque la amante disfruta de un tipo de hombre solícito, por lo general generoso y sin las rispideces de la convivencia; y la mujer oficial tiene un hombre tranquilo que no suele generar problemas de convivencia.

Contra toda esperanza de las mujeres que consiguen formar pareja con mujeriegos, a quienes han conocido precisamente por esta característica de ser conquistadores, debo decirles que, si bien su rasgo distintivo puede atenuarse, tal vez por la vida en pareja, o incluso puede transcurrir un período de latencia al inicio de la relación en el que logre controlar, hasta un punto, sus apetencias hacia las otras mujeres, tarde o temprano el hábito retornará y siempre seguirán siendo mujeriegos. Si una mujer es muy celosa debe desistir de relacionarse con este tipo de hombre, y si no lo es o está muy enamorada de él, debe tolerarlo tal cual es y no plantear una guerra eterna e infructuosa, ya que no cambiará.

Diferencias entre el mujeriego y el psicópata conquistador

Los mujeriegos que hemos descripto aquí se satisfacen con conseguir, ya sea la relación sexual en sí, o sentirse favorecidos por las mujeres; y algunos, como en el caso del ***doble enamorado*** o el ***hombre de las dos casas***, con la ternura y el disfrute de una familia aparte. Es decir, estos mujeriegos son ***cuantitativamente*** distintos del hombre común, que es más sosegado en este tema, y se acerca más a la monogamia.

El ***psicópata*** es ***cualitativamente*** diferente en este rubro, ya que la seducción y la posesión de la mujer es una mera herramienta para conseguir otros fines más complejos, a saber: Con la seducción tal vez consigan ser mantenidos económicamente por la dama en cuestión, psicópatas-parásitos; o pueden con-

seguir poder, ya sea en el sentido económico o porque la mujer esté muy bien relacionada con factores de poder y le sirva de escalón para sus propósitos. Otro uso que hacen de las mujeres los psicópatas es el de construir una fachada de familia que los haga mejor presentables ante la sociedad para satisfacer sus necesidades especiales, como es el caso de empresarios, cuyo crecimiento depende de las relaciones sociales, o bien de los perversos, donde la fachada familiar es útil para ocultar sus oscuras inclinaciones. El psicópata, que desconoce el sentimiento de amor, le da un sentido utilitario a la mujer, y puede, incluso, convertirla en una cómplice de sus acciones ilícitas.

Manipuladores

El ***ventajita*** es una mezcla de manipulador y mentiroso con una excusa siempre presente para justificar su inacción laboral y su parasitismo sobre la pareja. No suelen ser agresivos, al contrario, pueden ser muy amables, hasta simpáticos, y muestran la cara de aquél al que la vida no le ha dado la oportunidad adecuada. Siempre está hablando de sus potencialidades trabadas por el medio, el país, o cualquier otra situación de la vida. Lo importante es que este tipo de hombre abusa económicamente de las mujeres, o bien el mayor peso económico lo lleva la mujer, y él se limita a hacer tareas menores con mucho tiempo libre; a veces suplen a la mujer en las tareas del hogar.

Este "ventajita", cuando es confrontado por la mujer, que a veces se cansa de ser el "buey" que arrastra la casa, asume un papel lloroso hasta reinstalar la lástima de su compañera, que lo vuelve a aceptar como parásito. Por lo general la mujer que se aparea con estos hombres es de carácter fuerte, dominante y de

alguna manera le satisface el aspecto sumiso con que suele investir su personaje "el ventajita". Al volver de su trabajo, por ejemplo, la mujer se encuentra con la casa ordenada y la cena preparada. Cuando se le pregunta a la mujer porqué sigue esta relación responde que "a pesar de los déficits que ve en él, en realidad se siente cómoda y que, salvo el detalle de que trabaja poco o no trabaja, es un excelente compañero y una buena persona". El problema surge cuando la afectividad de la mujer se agota o aparece un tercero que le es más apetecible que el parásito, y es ahí donde se corre el velo y la mujer lo puede ver tal cual es, un ser ocioso que la ha estado manipulando durante toda la relación. Los argumentos recurrentes del "ventajita" son: que si estuviese en otro país apreciarían el talento que no puede desplegar en un lugar de cuarta como en el que está viviendo. Por ejemplo, un actor decía que de ninguna manera iba a hacer pequeños papeles actorales o comerciales porque él era un actor eximio para grandes obras de teatro que, por supuesto, nunca le ofrecían. Dentro de estos ventajitas también están los estudiantes crónicos que prometen que 'el año que viene obtendrán el título', y que cuando trabajen como profesionales podrán compensar todo el sacrificio de la mujer por mantenerlos, pero ese famoso 'año que viene' nunca llega.

¿Por qué no consideramos a este vividor como un psicópata? Porque si bien es manipulador, mentiroso y con vicios de explotador, conserva la empatía y el trato de persona hacia la mujer y aporta, a su manera, elementos positivos a la relación en sí, como suplir a la mujer de tareas menores o brindarle un trato cariñoso y sin rispideces. Es, en definitiva, un vago con argumentos.

El *psicópata parásito* es un parásito contundente; se nota la cosificación y la falta de

empatía, y el menoscabo de la mujer parasitada, a la que, si bien la impulsa a realizar tareas que reediten económicamente para la pareja, en los otros aspectos la denigra.

El psicópata parásito realiza, como todos los psicópatas, un trabajo previo para captar la psiquis de la complementaria, donde muestra su arte de seducción y manipulación. Lograda esta primera etapa de encantamiento y, conseguida la sumisión de la mujer, ejerce entonces el parasitismo. Este puede ser moderado o extremo, dependiendo de las necesidades del psicópata. Un parasitismo extremo, por ejemplo, puede ser el de inducir a la mujer a la prostitución para generar recursos que mantengan al psicópata; un ejemplo de parasitismo moderado es aquél en el que la mujer trabaja y el psicópata "administra" los recursos económicos de la pareja, pero siempre está presente la degradación de la autoestima de la complementaria a fin de instalar en la mente de ella la consigna de que no puede hacer nada sin la presencia del psicópata. He escuchado decir a alguna de ellas "sin él yo no hubiese logrado nada" o "gracias a él soy lo que soy", con un convencimiento extremo. Este grado de cosificación de la persona, como dijimos, se produce en la primera etapa, y luego le resultan fáciles al psicópata las maniobras necesarias para mantener su estado de parasitismo. Como se observa en este caso y, a diferencia de los que comentamos anteriormente, aquí el ejercicio del poder sobre la complementaria es manifiesto y explícito, hasta asumido con plenitud por la propia complementaria. No está en estos casos el detalle del compañerismo o de la satisfacción de la convivencia, sino que la falta de empatía y el deterioro de la autoestima hacen que la complementaria se desgaste emocionalmente. Cuando este desgaste provoca agotamiento, hartazgo, y la complementaria realiza atisbos

de rebelión, el psicópata retrocede unos pasos en su tiranía y le concede algunos beneficios. Es en esta etapa en que algunas complementarias le exigen al psicópata que haga psicoterapia de pareja, o bien una psicoterapia individual, acción a la que el psicópata se presta con mucho agrado, dado que a él le resulta fácil ir a conversar un rato con el terapeuta, y con esa sencilla maniobra retoma el poder sobre la complementaria, que cree que el psicópata está en vías de recuperación. Esta relación de parasitismo puede durar muchos años, hasta décadas, y algunas de estas parasitadas se resignan a su estado, nunca solicitan ayuda para salir del circuito y, a veces, el arte del psicópata es tan exquisito que las convence de que ese es el estado natural de las cosas.

Como suele pasar en la mayoría de las relaciones psicópata – complementaria, los familiares y los amigos advierten a la complementaria de la situación parasitaria en que se encuentra, pero ella hace caso omiso de estos argumentos y continúa con la relación y, si los allegados insisten, se aísla de ellos y concentra su vida alrededor del psicópata.

Intoxicados

Este tipo de persona a veces puede confundirse con un psicópata por algunas conductas aberrantes que suele asumir, pero sabemos que la dirección de la conducta humana está generada por la armonía cerebral y, el desequilibrio producido por los tóxicos, drogas, medicamentos, alcohol, genera una desviación conductual, muchas veces estridente.

El *alcohólico* puede convertirse en un celotípico grave, dado que el alcohol usado por largo tiempo produce impotencia sexual, lo que conlleva la idea persecutoria de que la mujer, al no poder satisfacerse con él, le es infiel.

Esta celotipia alcohólica puede ir de moderada a grave, pero siempre es muy perturbadora para la mujer que debe soportarlo y, a veces, en estado de ebriedad este intoxicado se convierte en un golpeador brutal, y estas golpizas pueden terminan en homicidio. Estos hombres suelen generar un delirio celotípico y cuando la mujer los abandona ellos están convencidos de que de esa manera han demostrado su infidelidad y pueden continuar con sus actos agresivos, aún desvinculados. Muchos de los crímenes pasionales se deben a esta situación. El alcohólico tiene dos comportamientos totalmente diferentes: en estado sobrio suele ser un trabajador más que aceptable, con buen trato hacia su familia y hacia su pareja, y en estado de ebriedad se puede convertir en un ser agresivo. Esta ambivalencia de conductas hace que la mujer permanezca en este circuito haciendo un balance de que los períodos de sobriedad compensan los malos tratos recibidos cuando está borracho, hasta que el vicio se incrementa y la relación se hace insostenible. El otro elemento que cuenta para la persistencia de la mujer es que ella se da cuenta de que estando sobrio, el hombre pocas veces recuerda que es lo que ha hecho, y suele echarle la culpa al alcohol como generador de las agresiones, y no a la persona en sí. Este vínculo se fortalece más si hay hijos de por medio y si los medios económicos pasan exclusivamente por el alcohólico. El alcohólico, en la fase sobria, suele ser muy considerado con la compañera y sus hijos, y a veces trata de enmendar el daño que causa por su vicio. Este dato, más la consideración de persona de la mujer, lo separa del psicópata intoxicado.

El *psicópata* que abusa del alcohol se cuida de no llegar a extremos que lo hagan perder el control de la situación. Sabemos que para el psicópata el mantener el control sobre

los demás es una demostración de poder. Se puede convertir en un bebedor excesivo, pero no en el borracho perdido. El psicópata puede usar al alcohol para bajar su nivel de tensión interna, y para no repetir decimos que tiene todos los rasgos propios del psicópata en la relación con su pareja como: la falta de empatía, la cosificación y la manipulación, y no presenta las conductas compensatorias del alcohólico no psicópata. Hay que recordar que el psicópata presenta defensa aloplástica, que significa que él nunca se reconoce como culpable de nada y siempre le atribuye a los otros los resultados negativos de su propia conducta.

El **drogadicto** tiende a que la mujer lo acompañe en el vicio, y si ella se resiste apela a todos los argumentos para conseguir que al menos pruebe la droga. En ocasiones la mujer cae en esta trampa y tenemos entonces dos personas intoxicadas que, a medida que avanza el vicio, van degradándose humanamente hasta llegar, a veces, a conductas fuertemente aberrantes, por ejemplo, como que la mujer se prostituya para conseguir droga para los dos o que cometan delitos. Pero si la mujer no acepta entrar en la drogadicción debe soportar los avatares propios de la conducta del adicto, cuya principal atención en la vida gira alrededor de la provisión de la droga, en los casos graves, y a la larga, constituye una pesada carga para la mujer, quien termina sosteniendo económicamente el hogar y proveyendo de dinero al adicto para que compre las drogas y observando como él empeña cosas de la casa o roba dinero para conseguir la dosis. La mujer se encuentra en un dilema ético: quiere dejar al drogadicto, pero le da lástima abandonar a un enfermo tan grave, e intenta que modifique sus hábitos como para que se equilibre y luego abandonarlo, es decir, quiere que el drogadicto cambie y deje el vi-

cio para irse, cosa que puede ocurrir muy excepcionalmente. Cuando el drogadicto se da cuenta de que la mujer se puede ir, entonces finge el deseo de curarse de la adicción, inicia tratamientos ambulatorios primero, e incluso llega a internarse con tal de evitar que la proveedora económica que le facilita la droga, lo deje sin recursos. Aquí la degradación es bastante intensa tanto en el hombre como en la mujer, que se siente usada como proveedora de dinero para conseguir la droga; y es posible concluir que esta una actitud psicopática, dada la socavación de la persona de la mujer, sin embargo la fuerte autodestrucción del drogadicto y la degradación humana a la que llega están lejos de la preservación del yo y de su persona que hace el psicópata.

El **psicópata** consume drogas cuando no puede satisfacer sus necesidades especiales y su tensión interna aumenta de tal forma que usa a la droga como un paliativo a este malestar interno. Accidentalmente se puede convertir en un adicto grave y sí puede ser un consumidor moderado si logra encauzar los objetivos que le impelen sus necesidades especiales. Es decir, si consigue alguna forma de poder y, de esa manera satisface su necesidad especial, el deseo de la droga disminuye y puede consumirla simplemente como un incentivo. Para entender esto hay que pensar que el psicópata se ama y no puede tolerar el derrumbamiento y la dependencia atroz a la que llegan los otros toxicómanos. El psicópata drogadicto, en la fase inicial, suele ser cruel y terrible cuando implementa los medios para conseguir la droga, llegando incluso al homicidio, pero siempre conservando un plan de escape para zafar del castigo por sus actos. El artificio de la cosificación, que es innata en él, le permite la realización de estos desmanes que lo pueden diferenciar del toxicómano no psicópata, que tiene una tendencia más

autodestructiva que heterodestructiva. Este tipo de psicópata suele, a su vez, convertirse en un narcotraficante, es decir, encontrarle una vía de poder al tema de las drogas.

Parasitismo

1. *"Si bien tiene un pequeño sueldo vive de su madre, pide prestado dinero a los amigos, me pedía a mí siempre y ahora supongo que le pide a su novia millonaria. Nunca devuelve el dinero que pide prestado".* (Con las cartas marcadas – Enero 2008)

2. *"La mayor parte de las veces todos trabajamos para él, y es él quien se lleva el crédito y el dinero por los logros. En mi caso particular, yo perdí todo mi patrimonio con él. Me convenció para que invirtiera en sus negocios, que a la final sólo reportaron pérdidas por el exceso de gasto operativo del que sólo él se benefició, pues incrementó el capital de la empresa y se dio vida de rey. Me convenció para que vendiera mis propiedades y comprara otras de mayor plusvalía. Hasta ahora no entiendo cómo pude aceptar que las nuevas propiedades salieran a nombre de su madre y hermano... También me hizo endeudar en el banco, en tarjetas de crédito que hasta ahora estoy pagando. También prestó mi dinero a algunos de sus amigos, que tampoco me han pagado. Incluso convenció a mi hermana para que sacara un crédito para él, crédito que hasta ahora no ha sido cancelado".* (El fascinador – Enero 2010)

3. *"Sus cuentas son pagadas por su madre, quien además se hace cargo de la limpieza de la casa, de hacerle de comer, de lavar y planchar su ropa, de esperarlo despierta cuando llega tomado, lavar las suciedades del perro, pagar los gastos de*

servicios de la casa y de comida también. Igualmente de las hermanas, quienes ocasionalmente pagan la parte de la renta que le corresponde, para ayudar a su mamá". (Alcohol y algo más- Junio 2009)

4. *"Vivía del esfuerzo mío. Él era empleado administrativo por la mañana. No hacía nada más. Yo trabajaba por la mañana en la misma oficina que él, a la siesta enseñaba en escuelas, iba a la universidad y cuando era necesario cumplía horas extras en la oficina. Algunos días debía pasar de un trabajo a otro sin almorzar. Cuando yo lo conocí me dijo que trabajaba en una empresa de transporte con camiones que se movían de una provincia a otra. Antes de casarme, por algo que me hacía ruido, fui a buscar el lugar donde decía que prestaba servicios (que no era la casa central que yo bien conocía) y resulta que ese anexo no existía. Se lo dije y lo negó. Cuando ya casados y, sabiendo yo que no tenía otro trabajo, lo impulsaba a que busque otro trabajo para el medio día libre. Una vez me dijo que ya había conseguido, por ese entonces trabajábamos en turnos diferentes. Estando ya en el trabajo, regresé a la casa donde vivíamos, para comprobar si había salido a trabajar y lo encontré durmiendo. El primer tiempo de casados vivíamos con los padres de él. Escuché una vez que el padre reclamaba que le faltaba dinero, de tanto en tanto. Optó luego su padre por poner el dinero en una caja con llave. Después de algunos años me di cuenta de que era mi ex marido quien sacaba el dinero".* (Bruto, ladrón y fabulador – Enero 2009)

5. *"Nunca ha trabajado, sólo yo, y no le gusta que lo haga, porque dice que yo debo estar en casa con él. Cuando su madre vivía, le pedía dinero continuamente y*

a mí me ha hecho que les pida a mis padres también". (Parásito agresivo – Noviembre 2009)

6. "Durante los primeros 10 años de matrimonio, F y yo habíamos tenido múltiples disgustos por su facilidad para endeudarse más allá de lo racional dentro de nuestras posibilidades. En el año 1996 usó mis prestaciones para pagar sus deudas, sin consultármelo, cuando el acuerdo había sido ponerlo en un depósito a plazo. En el año 99 usó mis prestaciones para pagar el equipo de sonido que había comprado sin consultarme y que tenía en un depósito a plazo. En el 2000 me convenció de pedir un préstamo millonario a mi nombre para pagar su carro Isuzu Amigo. En el 2003 cambió ese carro por un Honda, tras haberse ido de la casa 2 meses so pretexto de ser perseguido por lavadores de dólares a quienes me dijo que tuvo que espantar a balazos y que para quienes mis papás dieron miles de dólares en prenda para que dejaran de golpear a F, según su versión (en realidad, mis papás y yo oímos y leímos mensajes de una muchacha que decía haber vivido dos meses maravillosos con él, F indicó que todo era mentira, pero el hecho es que tengo testigos de los mensajes). Ese carro también generó deudas, fueron asumidas por D, quien le cambió el carro y la deuda por su Honda viejito". (Lo que hace es como hipnoizarme - Noviembre 2009)

7. "Los siguientes días yo hablé con sus amigos, preguntándoles si sabían si él tenía algún problema, y así me enteré de cosas horribles. Ellos se sinceraron conmigo y me dijeron que él era un acomplejado porque vivía ahora con su mamá en una zona no muy buena de Caracas, él no tenía dinero y que probablemente sólo me estaba utilizando para salir

de ese "mundo" en el que no quería vivir, al igual que lo había hecho con su ex novia, quien era también de mejor posición económica que él...". (Mentiroso grotesco- Junio 2010)

8. "No ha trabajado jamás. Le saca plata al que puede... ¿¿negocios!?!? Compra venta de cosas...un misterio, además de que, obviamente, le saca plata a las mujeres...Según me he enterado ha estado a una chica de otro país haciéndole creer que harían una inversión en tierras y cultivos; ella hasta sacó un préstamo, ya que él no tiene como respaldar un préstamo y le dio toda la plata a él...Obviamente el resultado lo imaginará: ni plata, ni tierra, ni cultivos...ni amor.....Y aquí lo loco....Ni denuncia...". (Psicópata intenso- Junio 2010)

9. "Por tres meses salíamos de viaje todas las semanas, comíamos y bebíamos cuanto queríamos, y así se fue terminando mi cuenta de ahorros, él siempre diciéndome que cuando trabaje me apoyaría, pero nunca lo hizo". (Las amarras de Ulises- 2009)

10. "Con una novia duró 10 años, fue a la que mas parasitó. Hizo toda su carrera sin trabajar, ella le pagaba todo: se compró un auto que usaba él, le compraba ropa, apuntes para la facultad, le pagaba vacaciones, salidas". (Ludópata pijo- Mayo 2009)

Abuso de drogas y alcohol

1. "Después de poco tiempo de salir, un día en su casa me dice que quiere compartir algo conmigo; sacó cocaína y la puso sobre la mesa y dijo: «yo tomo esto, esta es mi vida y no puedo mentirte más, lo quiero compartir con vos». Lo nuestro se remitía a estar en su casa encerrados tomando

droga y alcohol". (Psicópata y drogadicto-Enero 2010)

2. *"Las drogas infiero que las ha probado porque me dice a veces "ese libro me tiene atrapado como una marihuana de las buenas..., no lo puedo dejar..." quizá sea un alarde más; del alcohol he sido testigo personal de su uso y abuso, incluso a veces al día siguiente tiene problemas para levantarse a trabajar; sexo y alcohol son para él la combinación mas divertida"*. (El ondulante paso del histérico. Enero 2009)

3. "G fumaba porro. Yo jamás había fumado en 29 años, pero con él fumé sin problemas. G consumía cocaína desde los 15 años, pero jamás me lo dijo, lo supe muchos años después. Más avanzada nuestra relación cada tanto traía un papel y tomábamos un poco, y yo creía que era un aditamento, como para otros un champagne (yo no tomo, soy abstinencia) Cuando se refería a la merca, contaba que su hermano había sido adicto, que él en una época había tomado, pero que siempre había podido 'dejar', que nunca se había 'enganchado'. El porro era 'para desestresarse'. Como yo nunca había estado con nadie que consumiera cocaína, no distinguía los síntomas: luego me di cuenta de que muchas veces había tomado, y yo lo confundía con el efecto de un vaso de whisky. Fuimos a un telo y tomamos cocaína. Él se pasó de rosca, quedó hecho mierda. Yo no quise ver que ahí había un problema de adicción.

Duró poco el intento, él dijo que yo era siempre igual y que no podía estar conmigo. Yo no sabía, pero estaba empezando a drogarse cada vez más, a ir con prostitutas y a drogarse. Ese proceso fue empeorando su condición clínica y mental. Cuando el nuevo tratamiento fracasó, empezó su barranca abajo. Yo lloraba. 'te podés morir', le decía. 'Vos no eras adicto, si estuviste años sin tomar'.

'¿Cuándo?', respondió. 'Cuando vivías conmigo, excepto al final...', dije. Y entonces me miró con la cara de un demonio: '¿a vos quién te dijo que yo no tomaba?', me dijo, y me fulminó. ¡Me había mentido! Siempre había tomado, más o menos cantidad ¡pero siempre! Ese descubrimiento fue terrible, para mí, por dos razones: había vivido mintiéndome, él a quien tanto le molestaban las mentiras, por eso sus cambios de humor, sus arranques. La segunda razón de lo terrible de enterarme fue que mi mente inmediatamente hizo la ecuación: no lo sabía, no pude ayudarlo; si hubiera sabido otra habría sido la historia: no nos habríamos separado, se habría tratado, etcétera. Ése fue el principio, fatal, de mi recaída en mi adicción a él -más violenta, más absoluta que la vez anterior-. Ahora no era sólo una historia triste, una vida de soledad: ahora estaba enfermo y yo sería su enfermera. Hablé con su médico: me explicó que él tenía una vida sexual muy promiscua, que se drogaba, que era imposible que se recuperara así, que podía perder el pene. Al mes volvió a internarse -siempre a mis instancias- me iba a dar el manejo de su dinero para no drogarse, que fuera a buscarlo. El psiquiatra no quería darle el alta hasta que no tuviera una comunidad a la que ir. Tuvimos todos una reunión: yo fui, ilusa. Él sabía que, como era la responsable, si yo firmaba él podía irse contra opinión médica. Yo estaba ahí, con la directora de la clínica, con el psiquiatra, y él, que decía 'yo te pido que me dejes salir, soy un hombre libre, mi libertad está en tus manos: ¿qué vas a hacer?'. Pocas veces sufrí más. Le firmé la salida, aun cuando le avisaron que iban a hacer la denuncia en una defensoría. Con todo lo que había hecho para internarlo tuve que firmar que se iba conmigo. Por supuesto, volvió a drogarse esa misma tarde. Esa tarde fue de las peores que recuerdo para mí. Era

un miércoles, el viernes todavía seguía desaparecido y me llamaron de la clínica para que fuera a buscar sus cosas. Me sentí tan infeliz. Ese verano fue atroz. Desaparecía días, me llamaba a cualquier hora cuando volvía 'para que me quedara tranquila' -yo me pasaba noches enteras pensando que me iban a llamar para avisarme que estaba muerto-, yo lo puteaba, o le suplicaba; cuando estaba en el departamento permanecía tirado como un vegetal, rodeado de restos de comida, sin bañarse, era un espanto ver esa casa así, la casa que yo había arreglado para él con la ilusión de que mejorase. Me llamaba en cualquier momento. Mientras tanto, la denuncia seguía su curso y los forenses iban a verlo. No les abría. Empezó el lento trabajo de convencerlo. Le dije que me estaba destruyendo la incertidumbre cada día, que temía por su vida. Empezó a decir que lo haría, por mí. Intentamos que pasara a una internación psiquiátrica; mientras llegaba el psiquiatra se arrancó el suero porque no le daban de comer, después de varios intercambios verbales airados con la médica de piso, y salió tambaleándose por el pasillo, yo corría detrás. Pero esa tarde, antes de desaparecer dos días, me prometió que se internaría. Así fue. En el medio yo llevaba datos al juzgado sin que supiera, con su abogada; coordinaba con su psiquiatra: un instante en que algo saliera mal y no lo haría. Esa vez se negó a ir en ambulancia, discutió con el psiquiatra que venía a dar la orden de internación. O iba conmigo en taxi o no iba. Le firmé al médico todo lo que me pidió y lo llevé en taxi. En cada semáforo temía que se bajara, él repetía: lo hago por vos, para que duermas tranquila. En la puerta del psiquiátrico se aflojó: lloró, me dijo: "por favor ayudame a recuperar mi vida". Los forenses lo vieron allí, ordenaron que hiciera tratamiento: no podía zafar. Obligado por el juez tuvo

que ir a una comunidad terapéutica que por supuesto busqué yo, hice las entrevistas, etcétera. Fue en esas tardes de otoño en que me di cuenta de que otra vez me sentía enamorada de él, de que su vida importaba casi más que la mía. Fui con él cuando se internó, estaba nervioso como un chico, yo le daba la mano. Pasaría más de un mes sin ver a nadie, recién a los 10 días lo dejaron llamarnos por teléfono. Lloraba de emoción, me decía cuánto nos quería. Yo otra vez tuve esperanza. Esos primeros meses de tratamiento fueron buenos. Retomó sus tratamientos médicos y yo lo acompañaba. En una de esas veces me besó, y pasé con él un reinicio de noviazgo que me tenía en las nubes. Mientras tanto en la comunidad me decían que él hacía 'como si': cumplía los horarios, las normas, pero no estaba comprometido con el tratamiento. Me enloqueció para que lo cambiara de institución: para agosto estaba en otra. A mí en ese momento me pareció que el psicólogo era un psicópata. Allí podía salir los fines de semana, venía a casa de viernes a domingo. Parecía estar encaminado. A la mañana cuando me iba a Retiro me dio un beso y me dijo 'quedate tranquila, te quiero, todo va a estar bien'. Él se volvía a la fundación. Cuando llegué a Mar del Plata llamé para avisar que estábamos bien y el director me dijo que no se había presentado. Fue como si me pegaran un tiro. Me arruinó. Esa noche me llamó totalmente dado vuelta y me dijo ¡que había estado trabajando! con gente con la que trabajaba antes. Le dije que sabía que era mentira y que se volviera a la fundación porque harían la denuncia. Durmió todo el día siguiente y cuando me llamó a la noche me juró que no había estado con putas, se había drogado, sí, pero con un conocido. Le creí. A mi vuelta logró que lo ayudara a dejar la fundación, le creí que haría tratamiento psiquiátrico, se vino a

vivir a casa. Duró un fin de semana: el lunes yo me hacía un estudio, me acompañó, le di dinero para el colchón de su casa que había que cambiar y para un celular (yo administraba su dinero), luego me dijo 'te quiero, te veo a mediodía' y desapareció. A las 11 de la noche pretendió hacerme creer que había estado con esa gente con la que trabajaba, yo no lo dejé entrar, le tiré el bolso por la cabeza y lo eché. Pocas veces estuve tan apenada: ahora no cabía la explicación de la soledad, de la falta de contención, de nada de eso. Ahora estaba claro que él hacía lo que se le daba la gana sin importarle nada de mí ni del hijo, que habíamos tenido que atravesar todo eso. Algo muy recurrente en mi relación con él fue esa sensación del esfuerzo inútil. Fue otro verano igual al anterior, pesadillesco. La misma rueda. Sólo que ahora era en la casa que había sido nuestra adonde lo iba a ver, y también veía cómo esa casa, que yo había arreglado (de nuevo, sí, ¡arreglando una casa!!) durante su internación se ensuciaba y corrompía. Intentó internarse en febrero, estuvo 15 días y no quería ir a ninguna comunidad. Se le consiguió un ambulatorio, fuimos a la entrevista y lloró todo el camino. Me dijo que ya lo había ayudado mucho, que lo soltara. Yo lo abracé con desesperación. No te voy a soltar, le dije. La misma mañana que se externó se fue a drogar: tenía mucha plata que me había pedido para vivir tres meses. Se la gastó en una semana. Un mes y medio después, otra vez y siempre 'por mí' se reinternó y después pasó a una comunidad terapéutica en Capital. Era una rueda angustiada. Mientras estaba internado quería ir a nadar, como iban otros internos; quería tener grupos 'más fuertes', donde poder charlar sus cosas profundas -en la comunidad decían que se iba por pasos, primero el hoy, después el ayer-; como detectaron en él un trastorno psiquiátrico además de la adic-

ción, lo dejaron ir dos veces por semana a su psiquiatra; cuando lo dejaron nadar quería pintar, y siempre se quejaba; casi no se vinculaba con sus pares, para él eran todos unos imbéciles, salvo un par; odiaba las asambleas donde se contaban 'los días limpios' pero después me espetaba 'tengo 128 días limpio'; después quería salir, ver al hijo jugar al fútbol los sábados, cuando finalmente lo hizo, al mes estaba harto de hacer todos los sábados lo mismo, y encima el nene 'no progresaba', yo le dije que no podía ser tan hijo de puta; le daban 2 días y quería 3, le daban cinco y quería toda la semana, había muy pocos momentos en que se metiera en el tratamiento, muy pocos. Mientras tanto a mí mi grupo de mujeres en la fundación me hacía mucho bien: hubo noches en que le conté cosas que yo había dicho y él después me las echaba en cara, me decía 'de qué lado estaba yo', yo le decía que todos del mismo: su cura. Pretendía digitar qué decía y qué no, usarme para que hablara en mi espacio de lo que él quería. Me decía que era su lugar, que estaba ahí por él. Algunos fines de semana fueron buenos, compartimos salidas con y sin nuestro hijo, en una de ellas me dijo que si no me hubiera tenido a mí, que lo quería tanto, estaría muerto, y que me amaba. Pero en general dormía la siesta, no iba a buscar al nene al colegio, usaba más dinero del permitido, y yo no debía decir nada en la fundación porque 'eran boludeces'. Dijo que la otra vez no había funcionado porque había estado obligado por el juez, que esta vez era por él, y que funcionaría. Pero no funcionaba. Creo que nunca se lo creyó, ni por un segundo. A la segunda consulta conjunta con el psicólogo dijo que su problema era que vivía con una mujer que quería manejarlo, que no le entregaba su dinero -la llave de la caja de seguridad-, y que meaba parada. Me indigné y me fui, llorando. No se disculpó.

Lo del dinero empezó a ser el tema de discusión, yo no quería dárselo porque iba a recaer; él decía que ya estaba bien -cuando le convenía estaba enfermo, cuando no, no. Un domingo a la mañana me insultó a los gritos por Figueroa Alcorta: me dijo que iba a dejar el tratamiento, que le diera su plata, que era una chorra, una hija de puta. Lo odié, dije que lo iba a contar en la fundación. Pocos días antes me había dicho que no dejaría el tratamiento por respeto a mí y a mi esfuerzo. Era enloquecedor. Empecé a engañarlo por primera vez en mi vida. Me enamoré sin darme cuenta, de alguien que me daba contención, apoyo, confianza, diálogo. Igual no dejaba que esa relación progresara en mí porque yo sentía la responsabilidad de cuidar de G, de estar a su lado, de no darle esa estocada que podía hacerle tanto mal y llevarlo a recaer. Me fui una semana a Mar del Plata con mis padres. Me hablaba todos los días. Un jueves lo noté raro, me dijo que estaba todo ok. Esa noche recayó. Y la del viernes (lo supe todo a mi vuelta por investigar con el sereno, con el encargado, etc). Volví el sábado y lo encontré en estado deplorable en mi propia cama: se había quedado dormido en lugar de ir a buscarnos a Retiro. Lo negé sistemáticamente, yo inventaba, estaba loca. Y si seguía inventado iba a dejar el tratamiento. Le dije que hiciera lo que quisiera, yo esta vez no me iba a callar. Había hasta empapado la malla para hacerme creer que había ido a nadar. Yo no tenía duda ninguna de que se había drogado, no importaba cuánto ni cuándo. Le saqué la llave de la caja mientras dormía, y el lunes avisé en la fundación. Cuando lo supo dijo que no iba a ir más por mi culpa, porque yo inventaba. Le dije que hiciera lo que quisie-

ra. Esa noche volvió a casa drogado y lo eché, ante su estupor 'estás loca', 'deja-me pasar', 'estás delirando', me decía. Pero en su desaprensión, en que no lo angustiase haber hecho lo que había hecho, habernos arruinado una vez más, yo tenía la prueba de que había consumido. No podía ser, de nuevo lo mismo. Y su salud, que estaba tan complicada. Nunca aceptó que había recaído. ÉL me dijo que no se me ocurriera 'venderlo' -avisar que se había vuelto a drogar-. Yo le dije que iba a ponerlo en manos de un juez. Esa tarde murió y yo me encontré decidiendo cajón, cementerio, flores". (La batalla – Abril 2009)

Golpeadores

La violencia es un tipo de comunicación en el que se siguen las reglas básicas de la comunicación: hay un emisor, hay un mensaje en esa violencia y hay un receptor de esa violencia, y también hay una respuesta del receptor hacia el emisor.

El receptor puede responder, ya sea: activamente, generando de ese lado también la violencia; pasivamente, no hay respuesta a la violencia; con una respuesta de sometimiento a esa violencia, o con la huida del sistema de violencia.

La forma más común de violencia y la primera que viene a la cabeza cuando se menciona el tema es la violencia del tipo físico, donde el agresor descarga físicamente sobre la otra persona su energía; eso sería en un vínculo de relación hombre-mujer, el tema del golpeador, donde se genera ahí un sistema: golpeada-golpeador, donde el golpeador presenta como elemento de comunicación la violencia y la golpeada acepta ese mensaje y continúa en el sistema. Todo sistema permanece si tiene algún beneficio para sus miem-

bros; si un sistema no tiene beneficio para sus miembros, se rompe; es decir, si una mujer es golpeada y no acepta este tipo de comunicación a través de la violencia, se va.

El circuito golpeada-golpeador está alejado del circuito psicópata - complementaria. En realidad, al *psicópata* no le es necesario utilizar argumentos físicos, ya que con la sugestión de las palabras le es suficiente para dominar la mente de su pareja. Es raro que el psicópata golpee a la complementaria; cuando lo hace es para generar uno de sus recursos preferidos, que es el miedo o para obtener un grado mayor de dominación. Además el trabajo del psicópata para dominar el cerebro de la complementaria se prolonga desde el inicio hasta el final de la relación. En cambio, en el circuito golpeada-golpeador los episodios de violencia son esporádicos y con saltos temporales.

La escalera de la violencia

Salvo casos excepcionales, la golpeada participa activamente en generar la descarga violenta del golpeador. Ella conoce a su hombre, y ellos suelen ser, por lo general, personas temperamentales, pero conductualmente controlados, y se produce la inestabilidad de violencia por determinados temas o en determinadas circunstancias, que la golpeada conoce perfectamente. Por ejemplo: cuando se inicia una discusión, ella va observando cómo el golpeador va subiendo la escalera de violencia escalón por escalón hasta llegar al límite donde realiza la descarga de golpes. Hasta que no se llegue a ese punto límite la descarga de violencia es reversible; esto lo sabe muy bien la golpeada, que muchas veces detiene la situación agresiva apenas se inicia o cuando el nivel de violencia no ha llegado al límite. Sin embargo, en otras ocasiones, la golpeada lo azuza al golpeador, quien a veces intenta

volver hacia atrás en su nivel de violencia o alejarse de la situación, hasta provocar que llegue al punto máximo donde se produce la descarga de violencia. En la enorme mayoría de los casos esta descarga de violencia no es letal, ni siquiera grave y se limita a determinados puntos del cuerpo de la golpeada. Después de finalizados los golpes, la descarga emocional, viene el arrepentimiento. Muchas de estas parejas, luego del acto violento tienen una relación sexual y por varias semanas no se vuelve a repetir la violencia, y la conducta del golpeador es solícita y condescendiente hacia la golpeada. Este es el rédito que obtiene la golpeada de este tipo de relación tan incomprensible para un tercero.

Erróneamente se suele considerar a la golpeada como una víctima pasiva del brutal golpeador, y esto es así en los casos en que la violencia la realiza un golpeador intoxicado con alcohol o con drogas, pero de no mediar estos tóxicos no podemos hablar acá de víctima en el sentido estricto del término. En oportunidades he atendido a golpeadas que me han llegado a confesar estos factores que he mencionado anteriormente, y ellas se hicieron cargo de esta situación en el desenlace violento, es más, me han confesado que ellas a veces provocaban al golpeador porque la paliza les generaba un estado de relax cuando estaban demasiado tensas; y gran número de ellas confesó que lo hacían para vivir el período de arrepentimiento del golpeador, si bien es cierto que estas mujeres no habían sufrido palizas graves.

También cabe aclarar que no estamos hablando aquí, para nada, de una relación sado-masoquista, a la que algunos profesionales, apresuradamente, pueden colocarla en este rubro. La relación sado-masoquista tiene un claro componente erótico; en cambio, en la relación golpeada-golpeador hay una manifes-

tación de impotencia del golpeador para contrarrestar las argumentaciones de la golpeada en la discusión. También hay una especie de mensaje hacia las otras mujeres, como un regodeo, al considerarse víctimas ante sus pares, y al mostrar los magullones de los golpes a los que fueron sometidas. Siempre tienen una excusa para seguir con su pareja, ya sea por cuestiones económicas, o, la más frecuente de todas, por sus hijos, para no quitarles un padre a sus hijos, pero en realidad hay una respuesta de aceptación de ese sistema de violencia. Son las damas de los anteojos oscuros.

El golpeador es de temperamento explosivo y va oscilando desde el polo de la tranquilidad morosa, que puede durar mucho tiempo, al polo explosivo que produce la descarga de violencia. Estamos hablando aquí de una pareja cuyos hábitos de violencia son repetitivos a lo largo del tiempo. No podemos calificar de "circuito golpeada-golpeador" a un hecho esporádico o a una reacción emocional con un poderoso motivo para el varón, como una infidelidad, por ejemplo. Tampoco entra en este grupo el agresivo verbal, el gritón, ni aquel llamado "mano larga", que ante cualquier contratiempo propina una leve cachetada. Este circuito, en menor medida, también se conforma por el golpeado y la golpeadora, que no es tan infrecuente como se piensa: son mujeres que golpean a sus maridos, por lo general de contextura física menuda, o bien, aquellos blandos de carácter. A veces estas palizas se dan con verdadera saña, pero por vergüenza de género el hombre no se anima a denunciarla. En estos casos la motivación es una descarga de violencia de la mujer hacia el hombre sin los comportamientos de arrepentimiento del circuito golpeada - golpeador, es en realidad un ejercicio de la crueldad.

Yo propongo a los profesionales que cuando se encuentren con una mujer golpeada analicen con suma delicadeza y detalle todos los componentes que llevaron a estos actos, a fin de no caer rápidamente en el concepto simple víctima-victimario. Por ejemplo: en cierta ocasión consulta una mujer por haber sido golpeada por su marido, al que le había hecho la denuncia correspondiente en la comisaría de la mujer, aduciendo que era la cuarta vez que ocurría lo mismo. El tema de la denuncia es interesante porque, por lo general, en el circuito golpeada - golpeador la mujer no denuncia. Estas denuncias de violencia son muy frecuentes en el curso de una separación, donde la mujer debe lograr constancias de agresiones físicas y suele provocar hechos de violencia para facilitar el proceso de divorcio, aconsejada por su abogado. Esta mujer se quejaba de los golpes de su marido, pero luego de varias entrevistas con su pareja se logró conformar el cuadro siguiente: en realidad ella manipulaba a este hombre por cuestiones de dinero y lo sometía a vejaciones muy emparentadas con los hechos psicopáticos, y el hombre, como no podía encontrar ninguna forma de revertir estos abusos y ante la impotencia de sus argumentos verbales, se descargaba físicamente y, desde luego, esto le convenía a ella para acelerar el proceso de divorcio. Es decir, que estos actos de violencia no son tan simples como parecen, y requieren de estudio como cualquier otra de estas conductas aberrantes.

No debemos olvidarnos del *cruel*, que es aquel que ejerce un sistema de violencia en toda la familia, a veces escudado en el argumento de la educación, y con esa falacia golpea a sus hijos y a su pareja. Hay mucho que desarrollar sobre él, pero escapa a este trabajo. Alguien parecido a este personaje es el *sádico* mal acompañado, el que convive con

una mujer común en lugar de una masoquista y suele descargar su agresividad sobre ella, y puede despuntar el vicio encontrando parejas adecuadas y transitorias en los clubes sado-masoquistas o por Internet.

El psicópata golpea para someter, para conseguir un mayor grado de dominación que el que tiene sobre su pareja, pero repetimos, son muy pocos los que usan esta burda herramienta.

Como es fácil intuir, no cualquier mujer puede participar del circuito golpeada- golpeador. La mujer común ante los primeros actos de violencia de su pareja se atemoriza tanto que deja la relación, tal vez no en el primer hecho, pero sí si se repite. Los golpes le producen un sufrimiento no solamente físico, sino una fuerte herida en su autoestima que le resulta intolerable. Por otra parte, el varón que tiene tendencia a golpear, "que son pocos", permanece en esa condición para siempre; y la mujer que tolera y facilita ser golpeada también es poco frecuente.

Golpeadas

1- *"Los últimos hechos se sucedieron de esta manera: con una botella en una pelea me rompió dos dientes, según él, sin querer (ja, ja). Cuando tomó la botella la alzó para darme un botellazo y me la metió en la boca; se me rompieron mis dientes, entonces le arrojé un hielo para defenderme, con tanta mala suerte que le di en la cabeza y le dejé un golpe que, según él, le trajo muchos problemas de salud después. El hecho pareció olvidarse hasta hace un tiempo, que me dijo que quería que nos viéramos a veces, porque no estábamos bien y yo era la loca que arruinaba la relación. Quiero hacer un racconto de los golpes que recibí. Una vez creo yo le hablaba de los hijos y discutimos, subió la*

música para que no se oyeran mis gritos, me quiso ahorcar y me golpeó en la boca; me dejó el labio morado. Es celoso y me revisa, me jaquea mi mail y el Facebook todo el tiempo. En un ataque de celos me cortó el pelo con una tijera. En las relaciones sexuales a veces me golpeaba jugando y me lastimaba, mordiéndome en el cuerpo y en la vagina. Siempre en las peleas me ponía las manos en el cuello hasta dejarme sin aire". (Yo quiero que me pegue –Diciembre 2009)

2- *"Empezó con la paranoia de que yo lo engañaba y me confrontaba pidiéndome que le diga "la verdad"; se ponía muy verborrágico con esto y, ante mi respuesta de que no tenía nada que confesar, puesto que yo no lo engañaba, se transformaba y se desencadenaba la violencia verbal en principio, luego empezaron los forcejeos y los empujones, cuando yo caía al piso no me ayudaba, sino que seguía gritándome "puta, mentirosa" y demás insultos. Me encerraba en su casa cuando yo le decía que me iba, que no lo aguantaba más, escondía las llaves, me desafiaba, me decía que no me iba a dejar salir y lo cumplía, yo me sentía aterrorizada, más de una vez pensé que me mataba. Me sacaba las llaves de mi auto, yo me ponía en un rincón acurrucada del miedo que tenía y lloraba". (Psicópata drogadicto- Enero 2010)*

3- *"Lo denuncié una vez que me fisuró la costilla, tengo cicatrices en la nariz por una mordida, una en la frente por un empujón; también he tenido el ojo hinchado por alguna discusión, cosas que ya no quedaron marcadas en mi cuerpo, pero sí en el alma. Él soñaba algo feo, que yo estaba con otra persona y, por ejemplo, una vez se despertó y creyó que era verdad y me pegó duramente en el estómago; pata-*

das varias veces". (Cocainómano pertinaz – Marzo 2010)

El neurótico y el psicópata

El *neurótico* acota su libertad interior a través de sus síntomas. Es una persona de base temerosa y siempre un dejo de angustia está presente en sus horas. El neurótico tiene un serio problema con lo que implica ser adulto. Es como si le costara enormemente dejar atrás la etapa de la adolescencia, y a algunos neuróticos muy intensos, dejar atrás la etapa de la infancia. Siempre se cuele en el accionar del neurótico, sobre todo en la relación con los otros, un dejo de infantilismo o de pubertad, lo que lo configura para los demás como una persona vulnerable en algunos aspectos de su accionar. Esta falla en su asumir como adulto y afrontar la vida tal cual es lo sume en el recurso de la fantasía. Vamos a decir, entonces, que entre la realidad y la fantasía el neurótico reposa más en su mundo fantasioso y, como decía Calderón de la Barca: "como los sueños, sueños son", cuando el neurótico despierta de sus fantasías por los cachetazos que le da la realidad, vive al mundo como hostil o inadecuado para la sensibilidad de su persona. Este no es el mundo que él ha elegido, este es un mundo que le es impuesto, y este razonamiento infantiloides le genera un sentimiento de injusticia y de inadecuación que tiñe gran parte de sus actos. La realidad tal cual es le genera un quantum de angustia, por lo tanto le produce un desgaste emocional, energético que, cuando llega a ser intenso, lo convierte en síntomas, en las llamadas enfermedades psicosomáticas o "nerviosas", las jaquecas persistentes, los trastornos gastrointestinales, las disfunciones respiratorias, la contractura pertinaz, los mareos, y el atemorizante dolor pectoral. Estos sínto-

mas lo sustraen de la escena de la realidad y le permiten quedarse en su refugio que, por lo general, es su hogar, hasta que la angustia cede y retoma sus actividades. El neurótico está en sintonía con su ambiente, y su estado emocional depende del grado de aceptación que tenga en el entorno o de los vaivenes que se presenten en el mismo. En ese sentido es emocionalmente permeable a los avatares del entorno y, desde luego, muy dependiente del "qué dirán", resabios de su etapa infantil.

A veces da la impresión de que el neurótico está convencido de que la vida o los demás le deben algo o deben resarcirlo de algo, que ni ellos mismos pueden definir de qué se trata; es por eso que a veces se muestran caprichosos y demandantes sobre nimiedades, ante la sorpresa de la gente que los rodea.

Pese a la creencia generada por viejas teorías psicológicas, los neuróticos son pocos; ocurre que muchas veces se confunden debilidades que presentan los humanos frente a un medio estresante y habitual, como lo es el urbano, con síntomas neuróticos. Este error, a veces sustentado por profesionales del campo psi, hizo confundir a los normales, que manifiestan sus sensibilidades y vulnerabilidades, con los neuróticos y sus síntomas. Estimo que los verdaderos neuróticos no superan el diez por ciento de la población. Es más, el propio humano normal reconoce al neurótico como distinto a él y lo califica como a un ser débil o inadecuado. En Argentina se usa el término coloquial, y solicito aquí la dispensa de los académicos, de "boludo" para referirse al neurótico. Este calificativo jamás es empleado cuando se refiere al *psicópata* que, una vez descubierto, o por sus acciones recalcitrantes, es nominado coloquialmente como "hijo de puta".

El común ve en el neurótico esa mezcla de actos y pensamientos añiados en un cuer-

po de adulto, y le genera ese calificativo al no poder definirlo de otra manera. Esto está muy lejos de considerar al neurótico como un desvalido o discapacitado, porque puede ser un excelente profesional precisamente por sus rasgos neuróticos; por ejemplo: un obsesivo puede destacarse en todas las tareas y profesiones en donde se requiera meticulosidad y exacta observación del detalle, amén de la tenacidad que lo mantiene aferrado al trabajo hasta concluirlo. Esta cara virtuosa de la obsesión se contrapone con la misma intensidad de característica cuando esta aplicación se ejerce sobre tareas banales y superfluas, o bien, cuando en una reunión mantiene rígidamente un argumento sobre el cual no puede tener la plasticidad necesaria para complementarlo con los argumentos de los demás, lo que lo convierte en un "pesado".

El fóbico, aquel que se restringe en el espacio de su accionar generando fantasiosos terrores que le impiden expandirse fuera del medio que él considera seguro, puede desempeñarse con soltura y desplegar su talento pero, puesto en un medio que él considera terrorífico, se comporta como un niño asustado e incapaz de llevar adelante tareas sencillas como la de subir a un transporte público o caminar por un parque, lo cual es absolutamente incomprensible para una persona común, por más argumentos que el fóbico dé para justificar esta debilidad.

Donde se presenta un grado mayor de infantilismo es en la histeria, donde el deseo de aparentar ser lo que no se es, es muy intenso, y el estar constantemente llamando la atención para sí resulta muy molesto para el grupo, así como las frecuentes descompensaciones afectivas y dramatizaciones propias de este tipo de neuróticos.

Como ven, ya en esta breve referencia se dan cuenta de que estas personas existen en

una proporción inferior a la persona común. Todos conocemos a alguno de ellos, pero no todos somos como ellos.

Repetimos: a menudo, el estrés, sobre todo si es intenso y agudo, puede generar en la persona común descompensaciones físicas y psíquicas que remeda a algunos de los síntomas de los neuróticos, pero esto es algo infrecuente y está relacionado con una causa que ha provocado esta sintomatología, a diferencia del neurótico, en el cual estos síntomas, amén de ser cualitativamente distintos, manan constantemente de su mente conflictuada. No confundamos, entonces, los efectos del estrés con la neurosis.

Para el psicópata el neurótico es su presa más fácil y lo podemos deducir con facilidad. Mientras que para el neurótico todo es complicado por tener su libertad interior acotada, por contaminar sus pensamientos con sus estados emocionales, por preferir la fantasía a la realidad, el psicópata es un ser básico, ajustado a lo real, que simplifica los caminos que llevan a la resolución de problemas y que tiene una libertad interior ampliada. Al acercarse un depredador así, al neurótico, sin duda, lo va a fascinar con el despliegue de su accionar libertario, arriesgado, desapegado muchas veces de las reglas y normas que lo atan de pies y manos, y lo incita a vivir una vida despojada de miedos y fantasmas y a disfrutar de placeres inéditos. Para el neurótico el psicópata es como un sueño cumplido, es como si sus fantasías de libertad virtuales se concretizaran en la persona que lo mira con una sonrisa, y allá va, directo a las fauces del psicópata.

Otras diferencias entre el neurótico y el psicópata

El neurótico es como una masilla que se va armando con todos los acontecimientos

ambientales. El psicópata no se moldea con nada, ya viene formado así, sigue así y muere así; es una estructura sólida. El neurótico es modificado por su entorno; el psicópata modifica el entorno.

El neurótico tiene restringida su libertad, nunca va a creer que una persona le pertenece, en sentido estricto del término. El neurótico puede ser ruín, pero nunca llegar al extremo de cosificar, de considerar a alguien como una cosa, y jamás generaría un tema de terror. El neurótico puede protestar, quejarse, pero da la sensación de que se lo puede controlar. El psicópata, por el contrario, da miedo, se intuye que es incontrolable.

El neurótico por naturaleza suele ser muy ansioso, quiere las cosas ya, tiene hambre de tiempo, no tiene mucha capacidad de espera. En la neurosis hay un desbalance de ansiedad. El psicópata, cual buen cazador, maneja los tiempos, la espera.

Otra vivencia que genera el psicópata es el misterio, la incógnita. El ser humano necesita explicaciones, necesita aferrarse a las creencias, no puede tolerar mucho la incertidumbre. Los psicópatas son duchos en tolerar la incertidumbre, manejan el misterio, la incógnita y mantienen en vilo al otro. Forja una tensión especial en todos los que conviven con él o están en relación directa con un psicópata.

El psicópata expande su sentido de libertad, el neurótico lo acota. El neurótico usa su neurosis para no hacer. Usa el dolor y el temor al dolor para amansar a su esencia animal, para ponerle freno y que no se manifieste. Usa la culpa para intentar no repetir alguna falla en su represión. Tiene terror a desbarbar secuencias internas de acciones que no pueda controlar. Y está en constante desarmonía consigo mismo por intentar armonizar con los demás. El neurótico armó con sus

prejuicios un cerco pequeño a su libertad, pero sueña que lo agrandará algún día, tal vez después de un análisis o de algún pase mágico, de algo proveniente del afuera, en un mañana, en otro lugar.

El psicópata es una persona que se atreve a cosas que el común no, la ley del psicópata es: "todo es posible". Carece de la vivencia de empatía. Le está vedado comprender al otro. Sí puede "entenderlo", conocer sus fisuras y, de esa manera, manipularlo. El dolor del otro, físico o psíquico, lo entiende, y a veces, haciendo un análisis intelectual del fenómeno. El proceso de cosificación del otro, innato en él, lo aleja más aún de la posibilidad de la empatía: el otro es depreciado como persona, devenido en objeto de uso. En consecuencia, el psicópata usa a las personas como materia prima, cosas, para lograr sus objetivos. El psicópata avanza hacia su objetivo impulsado por sus necesidades especiales, lograr poder, por ejemplo, y si en el trayecto destruye o lastima cosas, personas, es un mero efecto secundario poco o nada atendible para él. Su enorme grado de libertad interior le permite, y sus códigos propios lo justifican, emprender empresas donde el daño hacia los otros no está contemplado. El dañado permanece perplejo ante el daño psicopático dado que no puede comprender la naturaleza del daño en toda su magnitud, ni la motivación que llevó a tal acción: tan lejos está de la mente de un psicópata.

El empático, un normal o un neurótico, resuena emocionalmente con el otro, que es considerado una persona como él. En consecuencia es plenamente consciente de las vivencias que desencadena su accionar en el otro. Hace el daño y de alguna manera una parte de ese daño se le vuelve en contra como culpa, o sus manifestaciones psicósomáticas. Daña y se daña. Su libertad interior, acotada

por los principios morales comunes y sus inhibiciones intrínsecas, le impiden muchas veces llevar a la realidad su plan dañino hacia el otro. Pero cuando lo hace maneja preciosismos de daño anclados en la historia emocional del otro que él, de alguna manera, también conoce. Por eso la contundencia del daño puede ser intensa y devastadora. El dañado, a su vez, puede entender la naturaleza del daño y las motivaciones del dañino por el mismo proceso de empatía y la cercanía con la mente del empático. El empático es un malvado que conoce a fondo la maldad que provoca en el otro.

En el psicópata la libertad interior tiene un núcleo central que viene de la necesidad especial, ese núcleo va a organizar su mente, su cabeza. La necesidad especial tiene la potencialidad de acción de cualquier necesidad común (comer, ingerir líquido, abrigarse, etcétera) pero gira sobre otros ejes (violación, canibalismo, el afán desmesurado de poder). Para implementarla necesita tener códigos propios que salgan de los códigos comunes y, a su vez, eso le da una ampliación de la libertad interior. La libertad interior es la capacidad de pensarse libre a sí mismo y la capacidad de pensar que se puede llevar a cabo cualquier acto, llevarlo ideoprácticamente en lo real y, además, ejercer la voluntad para llevar adelante la acción.

El neurótico acota aún más su libertad interior a través de sus miedos, de sus angustias y del fantasma que él se crea, es decir, el neurótico tiene una libertad, un "poder hacer" menor, es un poder hacer con permisos. El neurótico vive pidiendo permiso a los demás y a sí mismo para hacer las cosas

El neurótico deja que la vida se ensañe con él, pide misericordia a un gran Otro y queda en deuda con él. El psicópata, lejos de eso, se ensaña con la vida de los otros

Carta: El deseo y sus preguntas

"Buenos días, Dr. Marietan. Tengo una pregunta acerca de la psicopatía. Hace dos años y medio mantuve una relación de seis meses con una persona de estas características. Era un depredador psíquico. Salí de esa relación, física pero no mentalmente. La historia, el acoso y los enfrentamientos por recuperar mi dignidad se alargaron en el tiempo. Ahora, y por lo que estoy leyendo, podría ser una complementaria de esta persona, porque el enganche es del todo irracional.

He tenido dos encuentros más con él desde entonces, que me desestabilizan totalmente y en los que ha llegado a decir que me tiene totalmente dominada y que nadie me ha hecho sentir como él. He llegado a pensar que soy como una adicta al alcohol, o a una droga incomprensible, que no puedo volver a beber porque me produce recaídas. En esas dos ocasiones siempre fui yo la que lo busqué, porque él dijo que nunca me buscaría aunque siempre estaría en mi vida. Al final opté por no mandar ningún mensaje más para evitar el dolor de su indiferencia. En este momento el contacto es casi mínimo; él, esporádicamente, me envía mensajes preguntando cómo estoy y si todo va bien, mensajes que contesto.

La pregunta es: ¿Con qué fin? ¿Qué espera? Está claro que no quiere nada concreto, pero ¿Por qué muestra un interés que no es tal? ¿Por qué no me abandona? Podría obtener más de mí y no lo hace..., ¿será siempre así...? y ¿hasta cuándo si no soy capaz de mantener el contacto cero? ¿He de aprender a convivir con él, con su presencia en mis sueños nocturnos? A veces pienso que es como si él supiera que estoy sola y que vivo esperándolo, como si supiera que ninguna relación me dará lo que me daba él. Es como

si formara parte de mí, como si fuera un hermano que no ves pero que eres consciente de que existe porque es de tu sangre. Y que vive dentro de ti como un parásito. También he de decir que corroboro que después de eso mi vida no ha vuelto a ser normal. Y las relaciones menos". María.

Respuesta a María

María: Todo lo que cuentas está en tu mundo interior. Son producto de tus fantasías. Nada hay en el exterior que corrobore lo que dices. Sólo atisbos. Puesto así, la clave está en que debes luchar contigo misma. Debes aminorar a la apasionada que llevas para lograr el despeje de tu deseo sobre ese hombre. Y no trates de meterte en la cabeza de ese hombre tratando de comprender qué le pasa o qué piensa sobre este tema. Nunca lo lograrás. Sólo girarás una y otra vez sobre él, afirmando la relación en lugar de alejarla.

Mientras no tengas claro esto (que el problema está en vos y no en él), siempre estarás luchando con ilusiones, con fantasmas. Si ves el problema, tal cual es (una insatisfacción tuya y que le has dado el rol de "el único que puede satisfacerme" a esa persona) podrás despejar tu mente de este asunto. Desde luego que llevará su tiempo y que, además, no podrás hacerlo sola, debes recurrir a un profesional que se centre en ese problema exclusivamente hasta resolverlo. Y luego sí, abrirte a otros hombres. Dr. Marietan

A modo de análisis de esta correspondencia:

Como habrán observado, María nunca da referencias de las conductas de este hombre. No da ejemplos concretos sobre qué le ha

hecho a ella. Sí nos muestra sus conclusiones (interpretaciones y abstracciones). Para ella, él es un psicópata y ella, la complementaria. Sin embargo, no podemos, como analistas, tener una idea sobre si esto es así o no. Faltan los ejemplos, faltan las descripciones (las humillaciones, los desprecios, la socavación: la cosificación), sobran las interpretaciones.

Es por eso que solicito, cuando contestan el cuestionario, que las respuestas a las preguntas lleven ejemplos directos, descripciones secas, sin pensamientos añadidos, sin porqués, no motivos. La conducta pura en sí.

Sin embargo, María, nos muestra algo de ella: muestra su pasión sexual por este hombre. Es decir, esta carta habla de ella, no de él.

Es por eso que la respuesta que le doy es la que le daría a una mujer apasionada y no correspondida. Los hombres que no siguen los deseos de las mujeres, no necesariamente son psicópatas. Puede ser, simplemente, un hombre al que no le guste esa mujer. Esto, para muchas mujeres, es muy duro de aceptar. Y el deseo las martiriza con mil preguntas.

Bibliografía

Marietan, Hugo, *El complementario y su psicópata*, Ananké, Buenos Aires, 2008

Marietan, Hugo, *Curso sobre psicopatía*, Ananké, Buenos Aires 2009

Marietan, Hugo: Congreso Internacional de Psiquiatría AAP. Buenos Aires, septiembre 2009 Mesa Redonda: *El neurótico y el psicópata*

Las cartas y ejemplos provienen de la página: <http://www.marietan.com>